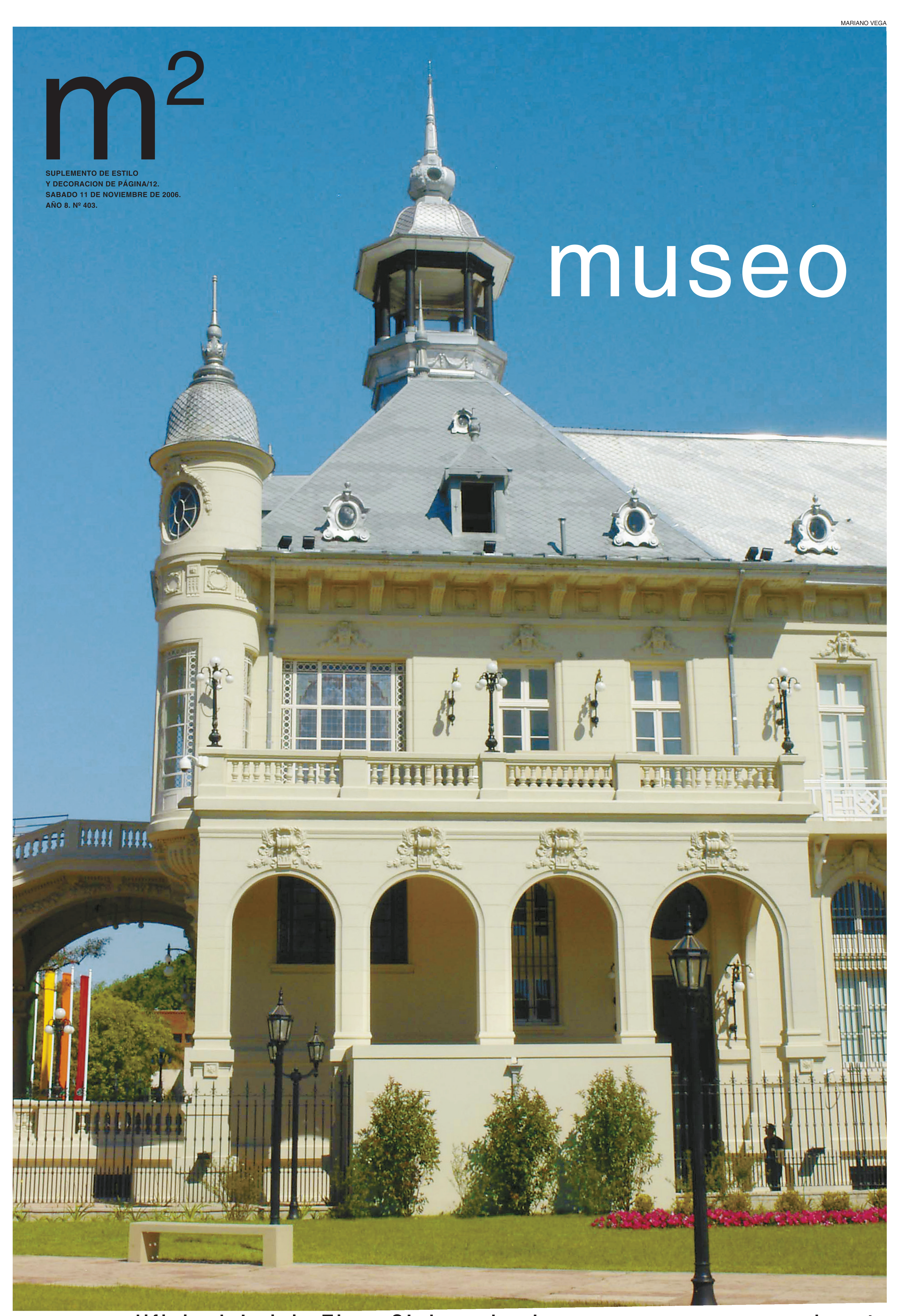


SUPLEMENTO DE ESTILO
Y DECORACION DE PÁGINA/12.
SABADO 11 DE NOVIEMBRE DE 2006.
AÑO 8. Nº 403.

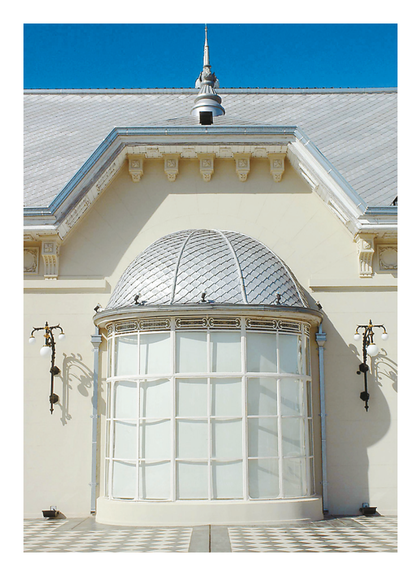
ese raro edificio del viejo Tigre Club acaba de renacer como museo de arte

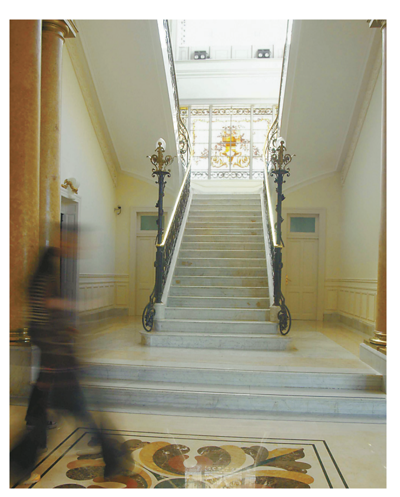
POR SERGIO KIERNAN

La vuelta del Club

Es uno de los edificios más extravagantes del país, una pieza única que acaba de ser puesta a punto para alojar nada menos que un nuevo museo de arte.







Uno termina parado frente al viejo Tigre Club preguntándose de qué mente, de qué plan y de qué fantasías salió un edificio así. La mente es conocida, porque el edificio ostenta la firma de Pater y Dubois, una dupla franco-argentina que parece haberse construido solita media Recoleta. El plan y las fantasías son otra cosa: la versión larga ocuparía varios tomos explicando el dineral que corría en la Argentina de hace un siglo y las maneras de gastarlo de una clase que se construía en aristocracia; la versión corta es que el Club era justamente eso, pero con una alarmante tendencia al baile y la reunión social. El edificio que se acaba de reestrenar como Museo de Arte del Tigre es un delicioso elefante blanco, el más caro escenario de fiestas que vieron estas latitudes.

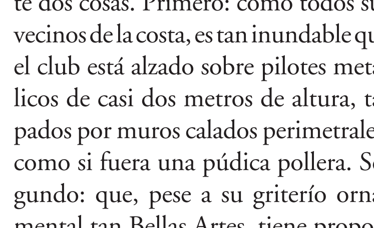
Hace un siglo ya se había impuesto el concepto del deporte como actividad placentera y el de vacaciones era un signo de status, una nueva obligación de pudientes. Esta combinación hizo que el Tigre se transformara súbitamente en un resort de moda, combinando buen acceso ferroviario, agua y costas. En pocos años se alzaron algunos de los más bonitos y pintorescos edificios que tiene este país, esos clubes de remo ingleses de galerías panzudas, tortas eduardianas como la sede del Suteba y alardes nordeuropeos como el desaparecido Tigre Hotel, casi completamente de madera y una altísima extravagancia de *half timbers*.

En 1910 y justo al lado del hotel se inauguró este club, que en su versión original no tenía su famosa explanada elevada, otra extravagancia que debemos agradecer. Más allá de lo que dijeran los estatutos del flamante club, más allá de los discursos de sus prominentes fundadores y más allá de las actividades deportivas que debe haber alojado, el Club Tigre sigue diciendo arquitectónicamente que es en esencia un bailongo. El gran edificio usa la mayoría de sus espacios en dos salones de baile, uno descomunal, el otro encantador, *halles* para avanzar rumbo al baile del brazo de la dama, escalinatas para ascender con dignidad, y la famosa explanada para tomar el fresco, mirar el río y bailar al aire libre. El resto son una serie de ambientes alineados de servicios y para reuniones más pequeñas.

Claro que los bailes no eran cualquier cosa, y el edificio es francamente fastuoso, con un estilo italiano afrancesado que recuerda al casi contemporáneo Teatro Colón, abundante en oros y marqueterías, con un pícaro maruflage lleno de ninfas apenas vestidas en su salón del primer piso y algunas columnas de estucados de la mayor nobleza posible. Lo más notable del edificio es, sin embargo, su exterior. Largo y alto, el club le ofrece un frente chico al río y otro a la tranquila calle trasera, proporciones y posición que se repiten en las casas de botes de toda la costa. Los dos grandes pisos del edificio se aumentan con un gran ático en mansarda de tejas agrisadas de zinc, calado de dormers, de aquellos ovalados de una pieza, que remata en una noble torre mirador, con aguja y faro. El frente del río tiene dos torretas también con agujas, hay balcones perimetrales que se abren en terrazas al frente y atrás, y cuyas barandas van del balustre a la madera sin el menor complejo.

Cribado de ventanales, el edificio gana en longitud con la notable explanada, que a nivel del parque funciona como una columnata cubierta –y engalanada por formidables lámparas de bronce Art Nouveau– y arriba como una megaterraza iluminada por infinitos lustres de tres brazos.

Tanta galanura esconde hábilmente dos cosas. Primero: como todos sus vecinos de la costa, es tan inundable que el club está alzado sobre pilotes metálicos de casi dos metros de altura, tapados por muros calados perimetrales, como si fuera una púdica pollera. Segundo: que, pese a su griterío ornamental tan Bellas Artes, tiene proporciones tan góticas que resulta fácil pen-





Cedodal

Esa larga patriada que es el Cedodal inaugura este miércoles otra de sus particulares muestras históricas. El centro de documentación de arte y arquitectura latinoamericana que dirigen Ramón Gutiérrez y Graciela Viñuales presenta "Españoles en la arquitectura rioplatense", una coproducción argentino-uruguaya que toma la historia completa de la actividad por estos pagos. Literalmente: el comienzo es Tomás Toribio, primer arquitecto académico llegado a este virreynato, muy en albores del siglo 19, y el final es el puente de Calatrava en Puerto Madero. La muestra consiste en dibujos, planos y proyectos de arquitectos españoles con actuación en el Río de la Plata y de argentinos recibidos en España. Como siempre hay libros de por medio, en este caso tres. Uno es un diccionario con más de 1000 arquitectos de esta nacionalidad o condición. Otro se ciñe a los dos siglos que cubre la muestra. Y el tercero, de los arquitectos uruguayos Lousteau y Chebarataroff, cuenta lo que ocurrió en la otra orilla. En el museo del Bapro, Sarmiento al 300, a las 19 ■

FOTOS: MARIANO VEGA







El edificio desde el río, brillando a nuevo. Arriba, su poco conocido ventanal a contrafrente y dos vistas de la explanada, de abajo y de arriba. A la derecha, una de las formidables luminarias externas y a la izquierda la escalinata principal. Abajo, el bello salón de baile con sus ninfas sexies y su araña de una tonelada y media.

sarlo como uno de esos *halles* de las corporaciones medievales de Bruselas.

El Club Tigre funcionó como casino hasta que le dieron el mismo golpe de gracia que terminó con el Tigre-resort de veraneo: Mar del Plata. El nuevo proyecto de los elegantes argentinos logró eventualmente el monopolio de la timba, y el viejo club cayó en tiempos duros. De mano en mano, hasta fue alojamiento de tropa de la Gendarmería, que casi subdivide sus salones para hacer dormitorios, y sólo fue rescatado por la declaración de monumento histórico nacional y la decisión del Concejo Deliberante local de mudarse ahí en 1983.

Pero el edificio no servía realmente para sede legislativa y en 1997 el intendente tomó una decisión audaz y saludable: transformar el club en museo de arte. Hay que detenerse a pensar en la audacia de la idea en una localidad que no tiene un museo –no hablamos de trasladar una colección sino de formarla en pleno siglo XXI– y que tiene los problemas financieros y sociales de la Argentina. Sin embargo, tomó casi diez años con algunas de las peores crisis de nuestra historia, pero se logró.

El hoy museo estaba en un estado astroso y crítico, pero no catastrófico. La intemperie había carcomido su exterior, floreciendo hierros de sus estructuras y partiendo ornamentos y superficies. Las herrerías de su base necesitaban infinitas reparaciones, lo mismo que techumbres y cerramientos, pero no había daños estructurales serios (sí que sabían construir hace un siglo). En el exterior, los trabajos dirigidos por el arquitecto Rubén Otero se concentraron en consolidar lo rescatable, reemplazar copiando lo perdido, limpiar, sellar y repavimentar, con amplias superficies de tejas de zinc cambiadas y pináculos hechos a nuevo total o parcialmente. La veleidad de los presupuestos no permitió restaurar apropiadamente los 14 mil metros cuadrados de piel de piedra París del edificio, que acabó pintada con Neo París, el material que imita la textura original. Tal vez por las mismas razones, se tomó la sabia decisión de dejar en paz los ventanales y puertas al exterior originales: el Museo es de los pocos trabajos de reciclado que no padece de esos horrores de aluminio y vidrio marroncito que Alan Faena tanto ama.

El interior alegra el alma por la frescura y cuidado de las decisiones tomadas. El edificio fue pintado en un calmado color claro, pensado para que el protagónico quede con las obras expuestas. Por la misma razón, los dorados a la hoja quedan en las alturas y no bajan a las marqueterías. Los pisos fueron recuperados y las partes faltantes gracias a las lluvias que se colaban fueron reemplazados, pero con la madera más clarita como para que se perciba la historia del lugar, criterio sabio y canónico entre restauradores. Las nobles columnas estucadas fueron pacientemente raspadas y recuperadas, y las del primer piso recuperaron sus oros. La escalinata fue descalzada y vuelta a colocar, con sus mármoles de Carrara a nuevo y su baranda francesa limpia y bien pintada. Los muchos vitrales del edificio, milagrosamente sanos, fueron recuperados y brillan con la fuerte luz del Tigre. Las chicas del maruflage están preciosas, frescas y jóvenes otra vez, tocando sus instrumentos rodeando una araña notable, 1500 kilos de bronces y caireles. Y luego está la explanada al río. Basta caminarla para entender por qué gente con imaginación la construyó, con sus barandales y sus farolas, captando el fresco y ofreciendo una vista de verdes y aguas inigualable.

El Museo del Tigre es notable además por su tecnología, ya que tiene cámaras de 360 grados, control de temperatura –disimulado con buen ojo en las *boisseries*–, sistemas inteligentes, una casa cercana dedicada a su grupo electrógeno y bajada de luz, y sistemas de panelería removibles. El patrimonio del museo está ordenado temáticamente y sorprende ver una colección semejante surgir, literalmente, de la nada.

Con esta inauguración, la Municipalidad de Tigre remata el Paseo Victorica, transformado en una *promenade* de jardines y glorietas que renovó su costa turística. Fue un plan inteligente y una inversión bien llevada, que termina en un alegre parque de 14 mil metros cuadrados dominado por el flamante museo, que merece una visita ■

El arquero invisible

POR JORGE TARTARINI

Cuentan que la flecha salía como un rayo desde la torre almenada, y en la oscuridad de la noche atravesaba el pecho de algún desprevenido. De pibes, cuando la siesta era una obligación insoportable, nos escapábamos para jugar al fútbol o a la guerra cerca de la vieja usina. Nuestra fortaleza era inmejorable y las armas, unas ramas tomadas del terreno baldío, eterno proveedor de nuestra imaginación. No podíamos acercarnos mucho al edificio, porque decían que era peligroso, y que una vez había muerto un chico, electrocutado. Aun así, estábamos orgullosos de tenerla en el barrio. Era tan imponente que, hasta las películas de acción del continuado de los sábados las terminábamos protagonizando la gran usina. *Ivanhoe*, *El Alamo*, *Tobruk* y otras, con buenos y malos, con decorados que iban del medioevo a la Segunda Guerra, se rendían frente a esa mole de ladrillos rojizos, troneras, gárgolas con fieras y un ejército de hombres de mameluco, entrando y saliendo, en medio de un ruido ensordecedor. Cuando venían parientes de otros barrios, algún pibe nos contaba que en su cuadra también había una, pero más chica. Al principio nos pareció que lo decían por envidia. Pero un día que salimos con el colegio de excursión, desde el colectivo vimos más de una. Pronto le encontramos explicación al tema: eran parte de la red de fortificaciones que permitía proteger la fortaleza madre y anunciar la presencia del enemigo. La novedad hizo que tuviéramos que nombrar lugartenientes. Y hasta hubo peleas para ganarse el puesto.

La usina estaba en la cuadra, era del barrio. Otra cosa distinta eran los juegos de los sábados, cuando salíamos "extramuros", para ir a cazar pajaritos o pescar mojarras en el "puente de fierro". Del pavimento, pasábamos al adoquinado, y luego la tierra, hasta llegar al pie de ese enjambre de vigas de hierro, que se estremecían con el paso de la locomotora. Por entonces andaban las últimas a vapor, y ya casi todas eran diésel. La gran noticia de aquel año fue la llegada a Buenos Aires de uno de los tripulantes de la Apollo, y su sorprendida foto a una de estas máquinas de vapor con una cámara Kodak... tan añeja como ellas.

Los escenarios de la industria formaban parte no sólo de nuestros juegos diarios, sino de las visitas escolares. Difícilmente olvidemos el pantagruélico festín de chocolate que tuvimos en la fábrica Noel, por un providencial descuido del preceptor. Ni tampoco el penetrante olor a lúpulo y el brillo dorado de los maceradores en la cervecería Quilmes. Aquellos hombres y mujeres trabajando rara vez levantaban la vista de su labor, y todos parecían muy concentrados.

Las salidas en bici nos llevaban más organización. Difícilmente podía reunirse un conjunto de bicicletas capaces de llegar hasta los galpones de la estación. Porque había que andar sobre empedrado, subiendo y bajando rampas, y también rápido para eludir a algún guarda de poco humor. Por las tarimas de madera laterales, sobreelevadas, de esos galpones, hacían malabares nuestras bicicletas. Las bolsas rotas dejaban escapar semillas de girasol, maíces. Las chapas acanaladas de las paredes eran rojizas y los olores a campo, penetrantes. Subir con las bicis en mano al puente ferroviario era duro, pero valía la pena. Porque era muy largo y desde arriba podíamos ver nuestro barrio y también el otro, el de los que vivían del otro lado de la vía. Como casi no era usado por la gente, ese angosto pasadizo de hierro calado era nuestra pista de velocidad.

En aquel tiempo, fábricas, estaciones, usinas, no eran para nosotros espacios de la memoria del trabajo y la producción. Y mucho menos patrimonio. Eso llegaría luego. Solo territorios de nuestros juegos. Nunca trabajamos en ellos ni conocimos a ciencia cierta su verdadera razón de uso. Eran escenarios perfectos y eso bastaba. Hoy aquel pasado industrial parece lejano, esquivo y confuso. Pero algunas noches, cuando todo parece perdido, las visiones adquieren una resplandeciente claridad. Es cuando los fantasmas del trabajo que hoy habitan esas construcciones reconstruyen un mosaico hecho de verdad y belleza, de imaginación y sudor ■

CAL Y ARENA

Semana porteña

El Museo de la Ciudad, esa joya de los porteños, termina mañana sus festejos de la semana de Buenos Aires con baile, disfraces y puestos ornamentados en la placita de San Telmo (la de la feria de antigüedades), y un recorrido histórico que sale a las 16 de la sede del Museo en Alsina y Defensa para recorrer la vieja calle Potosí, hoy Alsina, tocando tres siglos en tres cuadras. El Museo tiene abierto un concurso de fotografía, “Buenos Aires hoy”, que busca documentar nuestra ciudad. Ecuménicamente, el concurso está abierto a cualquiera que quiera participar y cierra el 31 de diciembre. Informes y entrega de las fotos en Defensa 219.

Design

Hasta el lunes se puede visitar Design Connection by cienporcientodiseño 2006 en el Auditorio Buenos Aires del Buenos Aires Design, en Recoleta. El evento es una plataforma de lanzamiento de diseño de vanguardia, este año dedicado al Ecodiseño Social, con fuertes elementos de reciclado y solidaridad. Uno de los elementos importantes es el programa ReMade In Argentina, apadrinado por el italiano Marco Capellini. De 12 a 21, entrada: $ 12.

Promo Rex

Hasta fin de año, la cadena de pinturerías Rex ofrece un 20 por ciento de descuento en todos sus productos a los clientes que paguen con tarjeta de crédito o débito emitida por el Banco Río. La oferta es válida en todas las sucursales del país.

Cursos y concursos

Hasta el 31 de enero está abierto el Premio Braun 2007 para estudiantes de diseño industrial y jóvenes graduados. Bases e informes en *www.braunpreis.de*

Para comunicarse con metro cuadrado:

metro2@pagina12.com.ar















El libro de los tesoros

POR SERGIO KIERNAN

Con fotos de Verstraeten y texto de Grementieri, Larivière acaba de editar una obra de lujo sobre las grandes residencias argentinas de raíz francesa. Un aporte a la bibliografía del patrimonio y un objeto de rara belleza.

La flaca bibliografía nacional sobre arquitectura y patrimonio acaba de ser enriquecida con un libro realmente de lujo. *Grandes residencias de Buenos Aires: la influencia francesa* es un deleite inteligente, un catálogo de algunas de las mejores edificaciones de nuestra historia, una obra como pa’ tener orgullo ajeno, contraparte rara de la vergüenza.

Para crear esta belleza se aunaron tres factores. Uno, la editorial Larivière, dedicada a las artes visuales y la fotografía, productora de obras cuidadísimas. Otro, el fotógrafo Xavier Verstraeten, seguramente el mejor de arquitectura que tienen estas pampas. Y además Fabio Grementieri, un especialista que hace que este libro no sea sólo de mirar, un *coffee table book*, sino un ensayo estricto sobre la historia, el sentido y el uso de estas residencias.

El período que cubre esta obra es estricto y va del despegue económico argentino al quiebre de la década de 1930, cuando se efectúa el cambio entre el “país que no se daba cuenta de qué pobre que era”, en la frase de Roca, a la Argentina opulenta. Fue en estas pocas décadas en que se edificó un patrimonio de primer orden internacional, un tipo de residencia pensada con “un espíritu áulico y monumental, como espléndido continente urbano de objetos de calidad artística, elegidos por sus dueños para armar y decorar el entorno de la vida familiar”, en la lúcida definición de Grementieri.

La primera parte del libro pinta esta fase de transición en lo económico y lo social, con un país que se reinventa y adopta costumbre diferentes, hábitos –como ir al café– que hoy parece mentira que no hayan existido. Grementieri explica cómo se pasa de habitaciones sencillas y de tradición hispánica a la articulación en el espacio de la nueva prosperidad. Es un momento en que se siente que el país pasa a un nivel de desarrollo drásticamente distinto y se intenta construirlo materialmente para su nueva vida.

Esta nueva y gran Argentina tiene una clase dirigente, que se reinventa en aristocracia y crea un imaginario donde “son retratados por Joshua Reynolds mientras posan en Las Tullerías”, símbolo sintético de la alianza con Francia y Gran Bretaña que dirige esta época. Mientras los ingleses tienen la batuta en lo económico, los franceses, como en casi todas las naciones del mundo, ganan por goleada en lo cultural: hasta los bancos de plaza argentinos siguen el modelo parisino. Es por eso que este libro, al historiar las más opulentas y valiosas residencias del país, se concentra en



las de influencia francesa.

Las residencias son urbanas y suburbanas. Está el formidable conjunto de El Talar de Pacheco, de los pocos cascos que realmente se acercaron al modelo de vida rural palaciego, y el Ivry de los Duhau, un edificio versallesco y con jardines incomparables. Está el interminable Palacio Paz, hoy Círculo Militar, realmente notable y con una rotonda en pedrerías multicolores de primera agua, y el Anchorena, sede de la Cancillería –que perdió a sus hermanos y vecinos por la alegre piqueta–.

También se incluyen la menos conocida residencia Peña, sede de la Sociedad Rural en la calle Florida, el palacio Fernández Anchorena, de Lemonnier y sede de la nunciatura, y algunas de las muchas casas de los Unzué, entre ellas la actual Maison de un hotel. Como leer este libro hace que uno termine agradeciendo a las embajadas por haber salvado tantas maravillas, la lista sigue con la embajada polaca –residencia Lanús–, la francesa –Ortiz Basualdo–, la norteamericana –palacio Bosch–, brasileña –Pereda–, belga –Tornquist–, italiana –Alvear– y saudita –Acevedo–.

La lista se completa con la quinta de Silvina Ocampo y el palacio Ferreyra en Córdoba, con el palacio Errázuriz, hoy Museo Nacional de Arte Decorativo, la casa de los Atucha, la única que sigue siendo vivienda particular, y el palacio Sans Souci, la más monumental de las quintas porteñas frente al río.

Este conjunto permite ver, de la mano de Grementieri, los cruces de influencias: italiana filtrada por ojos franceses, eduardiana con toques afrancesados, francesa dieciochesca, palladiana a la moda parisina, y el alegre menjunje de elementos que alegra nuestra arquitectura. En las superiores fotos de Verstraeten se aprecia la evolución de interiores, la diferente mirada de un Sergent, un Lemonnier y un Bustillo, el paulatino secarse de la decoración de superficies que le va abriendo camino a la modernidad de la primera posguerra. Y se puede aprender a ver cómo algunos de estos edificios tienen ordenamientos de promenade, sin demasiados efectismos, mientras que otros son francamente teatrales, y algunos son verdaderos hogares. O descubrir misterios como por qué algunas piezas de la Belle Epoque tienen un vocabulario académico pero proporciones –sobre todo alturas– casi góticas.

En fin, como este libro es físicamente de primer nivel –no tiene nada que envidiarle a uno europeo o norteamericano, de bien impreso y diseñado– resulta en una relación costo/valor. Vale por sus ideas y sus imágenes, y como aporte a la literatura del patrimonio ■

Muestra de Philips

La empresa Philips acaba de cerrar un evento especial, su primera exhibición de tecnologías de iluminación profesional, que incluyó el también primer seminario latinoamericano dedicado a esas técnicas. Nada menos que 4500 personas pasaron por la Philips Lighting Experience en el Design Center de Recoleta, y 700 arquitectos y diseñadores participaron del seminario. Además de sus muchos artefactos de iluminación, Philips presentó una novedad de muy alta tecnología, los textiles Lumalive. Se trata de telas que permiten la emisión de luz con tecnología LED. Es notable, pero las telas mantienen su suavidad y flexibilidad, mientras que pueden proyectar hasta animaciones. La muestra consistió en una serie de ámbitos de estimulación sensorial que desplegaron los efectos de luminotecnia posibles con las tecnologías actuales. Para más información sobre la muestra, se puede visitar *www.luz.philips.com/lightingexperience* ■

